Enciclopedia Latinoamericana
de Sociocultura y Comunicac

Intelectuales
Notas de investigación

Carlos Altamirano

GRUPO EDITORIAL norma

Bogotá, Barcelona, Buenos Aires, Caracas, Guatemala, Lima, México, Panamá, Quito, San José, San Juan, San Salvador, Santiago de Chile, Santo Domingo
www.norma.com

amirano, Carlos, 1939
Intelectuales: notas de investigación/Carlos Altamirano.-
gotá: Grupo Editorial Norma, 2006
140p.; 18 cm.- (Enciclopedia latinoamericana de sociocultura
omunicación)
ISBN 958-04-9599-8
1. Intelectuales 2. Sociología de la cultura 3. Vida intelectual.
ultura y sociedad I. Tít. II Serie.
552 cd 19 ed
88748

Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

©2006. Carlos Altamirano
©2006. De esta edición:
Apartado aéreo 53550, Bogotá
Diseño de cubierta: Ariana Jenik y Eduardo Rey
Ilustración: The Golden Legend, 1460s. Burges, Belgium
Armado: Luz Jazmine Güechá S.
Impreso en Argentina
Printed in Argentina

Primera impresión en Argentina: junio de 2007

CC 24860
ISBN 958-04-9599-8
Prohibida la reproducción total o parcial por
cualquier medio sin permiso escrito de la editorial

Este libro se compuso en caracteres Berkeley

5. Una especie moderna

Cuando el antropólogo Jack Goody se pregunta si es posible hablar de intelectuales en las sociedades sin escritura y reclama ese nombre para brujos, adivinos y suplicantes, el uso deliberadamente anacrónico del término es evidente. Se trata de un ejercicio comparativo con el que Goody (1985: 29-45) busca subrayar no tanto que en las comunidades ágrafas existen también funciones intelectuales (lo que resulta indudable), sino que esas funciones están ligadas a cierta especialización y a la ocupación de ciertos individuos. El anacronismo nos recuerda el establecimiento de la división del trabajo aun en sociedades muy rudimentarias y cómo ella hace surgir agentes especializados en las actividades de conocimiento y legitimación. Respecto de los intelectuales mismos, la comparación con adivinos, brujos o profetas bíblicos no es inútil, pero lo que enseña deja escapar lo que es propio de aquellos como tipo histórico.

Otros ejercicios de sociología retrospectiva se fundan en razones menos sencillas de zanjar. Por ejemplo, cuando se emplea el nombre de intelectuales para bautizar a los titulares del saber universitario en los siglos XII y XIII, vistos como representantes de un tipo social nuevo. Es lo que hizo Jacques Le Goff (2001: 21), en un libro breve

pero brillante que se ha vuelto clásico, en que explica el nacimiento de los intelectuales en la alta Edad Media europea, por la acción conjugada del desarrollo de las ciudades, la división del trabajo y la propagación de las universidades: "El término designa a quienes tienen por oficio pensar y enseñar su pensamiento. Esta alianza de la reflexión personal y de su difusión en una enseñanza caracterizaría al intelectual". Le Goff descarta el nombre con el que ellos se reconocían –*philosophus*– "porque el filósofo es para nosotros otro personaje" (*ibid.*).

El desarrollo de las ciudades y la aparición de la universidad como centro dedicado a la enseñanza del saber letrado son, sin duda, datos importantes para la genealogía del intelectual occidental. Ésta es una figura que aparece con las ciudades y se forma en instituciones escolásticas. Sin embargo, si se asume el punto de vista del presente, que es el que adopta Le Goff para descartar el vocablo *philosophus* (por el significado que esa noción tiene "para nosotros"), debe admitirse que denominar intelectuales a los doctores universitarios de los siglos XII y XIII resulta igualmente problemático porque, desde el punto de vista contemporáneo, el intelectual es también "otro personaje", según lo hemos visto. Durante la Edad Media la mayoría de profesores y estudiantes universitarios eran miembros del clero, pero el clérigo medieval no es un intelectual *avant la lettre*[7]. Le Goff no

7 "[...] durante la Edad Media la mayoría de profesores y estudiantes universitarios eran miembros del clero y a menudo pertenecían a órdenes religiosas, sobre todo a los dominicos, que contaron con personalidades como Tomás de Aquino, el más famoso profesor medieval. Incluso investigadores de la naturaleza como Alberto el Grande y Roger Bacon fueron frailes". Véase Peter Burke (2002: 37).

omite, obviamente, el lazo de esa élite medieval con la Iglesia. Son, dice con lenguaje gramsciano, intelectuales 'orgánicos', "fieles servidores de la Iglesia y del Estado". Sin embargo, observa, "muchos de ellos a causa de la función intelectual y a causa de la 'libertad' universitaria, a pesar de sus limitaciones, son más o menos intelectuales 'críticos' que rayan en la herejía" (*ibid.*: 12). El hecho es que la idea misma de herejía nos recuerda no sólo el control de la Iglesia, sino el funcionamiento de una cultura "*segura de poseer la verdad* a través de la Revelación transmitida por los profetas, o a través de los textos de los Clásicos" (Leclerc, 1996: 409). Los intelectuales, en cambio, aun los creyentes, pertenecen a una cultura que se ha secularizado.

El relieve social que hacia fines de la Edad Media había adquirido el grupo de los letrados (la denominación corriente en español para quienes poseían con carácter más o menos exclusivo el conocimiento docto) es un fenómeno destacado también a los ojos de otros estudiosos. Por ejemplo, José Antonio Maravall (1999) y Jacques Verger (1999: 7-12), aunque ambos ponen el foco en los siglos XIV y XV. Maravall recupera del vocabulario medieval el término "letrado" y Verger, para sustraerse al buscado anacronismo de Le Goff, acuña una denominación alternativa: "hombres de saber" (*gens de savoir*). Para esa época, la de la llamada tardía Edad Media, el número de doctores y letrados laicos se había incrementado, por lo cual Verger no considera apropiado referirse a todo el grupo con la denominación de "clérigos". Añadamos, de todos modos, que en Europa al menos hasta el siglo XVIII la mayoría de los hombres de cultura pertenecían al clero.

El intelectual no es sólo el hombre que piensa el mundo, sino el que transmite a otros hombres lo que piensa del mundo (Debray, 1980: 256). Más aun: esa transmisión suele ser públicamente manifiesta y el círculo de esos otros hombres a quienes transmite su palabra no se restringe a una pequeña élite de letrados y de señores, como ocurría con el *clerc* medieval. Aunque el intelectual requiere de la relación con sus pares y del reconocimiento que éstos pueden proporcionarle, su palabra interpela también (y a veces directamente) a esa audiencia imprecisa que llamamos opinión pública. Grande o pequeño, este otro auditorio está compuesto por quienes leen, se interesan por las ideas y discuten las definiciones sobre la marcha del mundo que producen los intelectuales, aunque ellos no lo sean. La acción del intelectual se recorta, pues, sobre el fondo de una configuración histórica y tiene como presupuesto que la imprenta haya hecho posible la propagación de la cultura impresa –en forma de libros, de panfletos y de periódicos, fundamentalmente– y que la alfabetización haya avanzado lo suficiente como para crear un público que no sea exclusivamente el de los doctos. Puede decirse, en este sentido, que el intelectual no tiene un público sino al menos dos: el de los otros miembros de su *milieu* (el campo intelectual, en el vocabulario de Bourdieu), donde están también sus rivales, y el de ese auditorio más profano, pero también más amplio, que le da mayor resonancia a su palabra.

Quienes integran el universo de la *intelligentsia* poseen conocimientos especializados y aptitudes cultivadas en diferentes ámbitos de expresión simbólica (literarios, artísticos, etc.), pero no son necesariamente

sabios, científicos o eruditos, aunque algunos lo sean. Proceden de las profesiones intelectuales y, en general, es la universidad la que les confiere sus títulos, pero el grupo de los intelectuales resulta irreductible a una categoría socio-profesional. Un heterogéneo conjunto, como observa Zigmunt Bauman (1997: 9) al recordar las firmas que suscribieron el petitorio en favor de Dreyfus el 14 de enero de 1898:

> En la época en que se acuñó la palabra [intelectual], los descendientes de los *philosophes* o la *république des lettres* ya se habían dividido en enclaves especializados, con sus intereses parciales y preocupaciones localizadas. La palabra fue por ello un toque de reunión, que resonó por encima de las celosamente vigiladas fronteras de las profesiones y los *genres* artísticos; un llamamiento a resucitar la tradición (o materializar la memoria colectiva) de los "hombres de conocimiento" que encarnaban y ponían en práctica la unidad de la verdad, los valores morales y el juicio estético.

Bauman lleva demasiado lejos la distinción entre intelectuales y profesiones intelectuales, como si un término fuera prácticamente indiferente al otro. No tendría sentido, escribe, "componer una lista de profesiones cuyos miembros son intelectuales, o trazar dentro de la jerarquía profesional una línea por encima de la cual se ubican éstos" (*ibid.*: 10). Pero la cuestión de las profesiones intelectuales no puede ser ignorada, aunque resulte insuficiente, si se quiere situar a la *intelligentsia* en la trama y las instituciones de la vida social. El enfoque de

Bauman, de todos modos, tiene la virtud de resaltar el registro político ("movilización y autorreclutamiento") que aloja la noción de intelectual.

Los intelectuales son, en resumen, una especie moderna, tanto que podría decirse que la expresión intelectual moderno resulta redundante, un pleonasmo. Todas las grandes narrativas de la modernidad, sea la del progreso, la de la nación o la del pueblo, así como el conjunto de los "relatos militantes" de los siglos XIX y XX (Angenot, 2000), proceden de las filas de la *intelligentsia*. La especie no brotó de golpe, por cierto, sin progenitores ni tradiciones. En realidad, se la ve surgir en las sociedades europeas occidentales al final de un itinerario jalonado por estaciones y escenarios cambiantes, en concomitancia con las vicisitudes de las distintas sociedades nacionales del viejo continente.

Algunos trazos y un recorrido: humanistas, philosophes, intelectuales

Para algunos estudiosos el primer escenario es el de las ciudades-Estado de la Italia renacentista. Es la opinión, por ejemplo, de Eugenio Garin (1981: 78), el gran especialista en la cultura italiana del Renacimiento, quien ve en los *humanistas* de los siglos XIV y XV las señales que anuncian al intelectual: "Inicialmente, el Humanismo se consolidó simultáneamente en el ámbito de las artes del discurso (retórica y lógica) y en el de la moral y la política". Este nuevo saber docto franqueará las aulas universitarias y se radicará en instituciones de nuevo tipo, creadas por los propios humanistas ("academias" y cenáculos) (Burke, 2002: 56)). Nada exalta tanto la admiración de Garin por el Humanismo como la acción

de los humanistas insertos en la máquina político-administrativa de la república florentina, esos hombres cultos convertidos en funcionarios: "El Humanismo se afirmó con Petrarca; pero su cátedra más alta fue el palacio de la Señoría de Florencia; sus maestros los cancilleres de la república..." (*ibid.*: 80). Cancilleres o secretarios, estos hombres redactan las comunicaciones oficiales del Estado, negocian con representantes de los gobiernos extranjeros, escriben proclamas políticas y se ocupan de problemas organizativos, la propia defensa de la ciudad, entre ellos. El ejemplo dilecto de Garin (1999: 5) es el de Coluccio Salutati, notario de profesión y canciller de Florencia de 1375 a 1406: "Coluccio Salutati, en la Florencia humanista, representa bien un ideal del hombre de cultura válido para cualquier tiempo: el que pone al servicio de la comunidad su propio saber, el que usa sus capacidades para mover y transformar la vida de todos, para ayudar al progreso de la sociedad".

La difusión de la cultura renacentista y los *studia humanitatis* al resto de Europa durante los siglos XV y XVI habría implicado también la propagación de la nueva "clase cultural".

Más extendido es el juicio que hace del siglo XVIII, el Siglo de las Luces, el momento de aparición del intelectual en la cultura europea. "Se puede hablar del intelectual en el siglo XVIII", escribe el historiador francés Daniel Roche (1988: 225-241). También para Robert Darnton (1987: 148) el tipo social empieza a surgir en esa época: "Aunque no se había acuñado una palabra para denominarlos, los intelectuales ya se estaban multiplicando en los desvanes y en los cafés; y la policía los vigilaba".

La Europa de las Luces era una Europa de las ciudades, aunque, considerada globalmente, la sociedad europea del siglo XVIII era una sociedad predominantemente rural. El patrón de la estratificación social, sobre todo en el continente, seguía siendo el de una sociedad de Antiguo Régimen, donde las posiciones y las jerarquías fundamentales se encontraban fijadas por el nacimiento. Ciertamente, aunque sin dislocar todavía el orden tradicional, nuevas clases han hecho su ingreso en el escenario social y una serie de cambios sociales y culturales (desde la invención de la imprenta hasta la extensión de una economía de mercado) han ampliado tanto el número de las profesiones intelectuales, como el reconocimiento social de los hombres de saber. No podría decirse que el oficio de literato no necesite ya de mecenas o protectores, pero el desarrollo de un mercado del libro y la ampliación del círculo de los consumidores de bienes culturales permiten que el escritor reduzca su dependencia. "Desde comienzos de las décadas 1730 y 1740 –escribe Raymond Williams (2001: 43), refiriéndose a Inglaterra– se presenciaba el crecimiento de un amplio público de clase media, cuyo ascenso tiene un estrecho paralelo con el aumento de la influencia y el poder de esa misma clase". Aunque desigual según los países y las regiones, la extensión de la alfabetización alcanzó a crear las bases para lo que algunos investigadores llamarían la "revolución lectora" del siglo XVIII (Wittmann, 1998).

No se trataba, sin embargo, únicamente de las posibilidades referidas al oficio de escribir:

> A partir, aproximadamente, de 1700 fue posible ejercer profesiones intelectuales distintas de las de profesor o escritor, por ejemplo, como miembros asalariados de determinadas organizaciones dedicadas al acopio de conocimientos, concretamente las Academias de Ciencias fundadas y financiadas en París, Berlín, Estocolmo y San Petersburgo, aun contando con que los limitados fondos de que se disponía obligaban a los interesados a complementar sus sueldos con otros tipos de empleo Al margen de que a estos hombres podamos calificarlos de "científicos" (término acuñado en el siglo XIX), la génesis de este grupo representó seguramente un momento significativo en la historia de la intelectualidad europea. Algunos miembros del grupo escogieron su ocupación prefiriéndola conscientemente a la carrera universitaria tradicional (Burke, 2002: 44).

Junto con la difusión de las corporaciones doctas -como las academias, que daban ocupación a las profesiones eruditas o científicas–, la proliferación de periódicos a lo largo del siglo XVIII ampliaría el circuito de la palabra escrita y la influencia de los periodistas.

El movimiento intelectual del Iluminismo tuvo varios centros: Londres, Edimburgo, Berlín, pero la capital de la República de las Letras fue París. No sólo por sus grandes talentos (Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Diderot...), ni por las grandes obras que generó allí la cultura de la Ilustración, desde *El espíritu de las leyes* a la *Enciclopedia* y *El contrato social*, sino porque en ningún otro sitio se produjo una consagración equivalente del hombre de

letras –por obra de una literatura, hay que decirlo, que componían los propios hombres de letras, aunque no fueran siempre los de primer rango– Hacia 1760 y hasta la Revolución, escribe Paul Benichou (1981: 26), "la apología del hombre de letras se convierte en una verdadera glorificación, que se asocia en un tono grandioso a una doctrina general de emancipación y progreso". La *Encyclopédie* de Diderot y D'Alambert también colaboró en ese trabajo de edificación del reconocimiento del hombre docto y le destinó dos de sus artículos: *Philosophe* y *Gens de lettres*. Mientras el resto de los hombres, se lee en el primero de ellos, actúa sin conocer las causas de su obrar, el filósofo, por el contrario, desenreda las causas, las previene y "se libra de ellas con sabiduría [...]. La razón es, para la consideración del filósofo, lo que la gracia es a la consideración del cristiano. La gracia determina al cristiano a actuar, la razón determina al filósofo". Los otros hombres son arrastrados por sus pasiones (sin reflexión, marchan en las tinieblas), en tanto el *philosophe* aun en sus pasiones, sólo actúa después de la reflexión: "marcha en la noche, pero precedido por una antorcha".

El artículo sobre los literatos (*gens de lettres*) fue redactado por Voltaire, quien describe un tipo y a la vez un ideal –el del hombre ilustrado– Esta denominación (*gens de lettres*), dice Voltaire, corresponde a lo que griegos y romanos llamaban gramáticos, que no eran sólo versados en Gramática, "la base de todos los conocimientos", sino también en geometría, filosofía, historia, poesía y elocuencia. No merecía, pues, en el siglo XVIII, el título de hombre de letras quien cultivara un solo género literario o de conocimiento. Aunque no podía exigirse al litera-

to que profundizara en todas las materias ("la ciencia universal no está al alcance del hombre"), el verdadero hombre de letras posee varios terrenos, si bien no puede cultivarlos todos. A diferencia del gramático griego, sin embargo, que se contentaba con saber su lengua, o del romano, que no aprendía más que griego, el hombre docto de los nuevos tiempos debía conocer, además del griego y el latín, tres o cuatro idiomas. Socialmente más independientes que sus antepasados, señalaba Voltaire, los hombres de letras prestaban también servicios más útiles a la sociedad, contribuyendo a civilizarla al tomar como objeto del espíritu crítico no sólo ya las palabras griegas y latinas sino los prejuicios y las supersticiones que las infectaban.

Lo que se desprende de estos dos artículos de la *Enciclopedia* identifica ya algunos rasgos del intelectual: primacía de la razón –sobre la gracia y, aunque vaya sin decirlo, sobre la teología–, preocupación por el conocimiento de las causas efectivas de la acción humana (de los hombres tal como son), cultivo de un saber amplio, educación de la sociedad a través de la crítica de los prejuicios y de las tradiciones sin fundamento. Estos valores, junto con aquellos que también están en el centro del espíritu de la Ilustración (razón, humanidad, civilización, progreso) indican el arribo de una cultura secular. En ella la verdad de los enunciados no se valida en la tradición, en la Biblia o en la lección de los clásicos de la Antigüedad, sino en las pruebas de la experiencia y los criterios de la razón. Esa cultura se propaga a través de libros, folletos y revistas, así como a través de la comunicación personal en esos ámbitos de sociabilidad intelectual que florecen en el siglo XVIII (salones, cafés,

sociedades de amigos del país, etc.), en que los plebeyos de talento se cruzan con los aristócratas ilustrados y la conversación se mezcla con la discusión. Se trata de la cultura de una élite y de una élite urbana.

Si, como escribe Georges Gusdorf (1971: 480), "intelectuales parisinos representan un caso límite en la Europa de la Luces, que habla con gusto el francés", la literatura destinada a encomiar las letras y a los hombres de letras no halla estímulo sólo en Francia. Como lo muestra la Academia de Berlín, que en 1780 llama a concurso sobre este tema: "¿Cuál ha sido la influencia del gobierno sobre las letras entre las naciones donde ellas han prosperado? Y cuál ha sido la influencia de las letras sobre el gobierno?" (*ibid.*: 586). Una red de correspondencias y viajes conecta entre sí a los representantes de esta Europa de las Luces.

Lo que resulta sorprendente, comenta Peter Burke (2002: 48), "es que a mediados del siglo XVIII en la mayor parte de Europa haga acto de presencia un grupo de hombres de letras más o menos independientes con ideas políticas propias, concentrados en algunas grandes ciudades, concretamente en París, Londres, Amsterdam y Berlín, en contacto regular entre ellos".

No obstante, la hora de los intelectuales no llegaría sino tras las mutaciones y sacudimientos que trajeron consigo la Revolución Industrial y la Revolución Francesa, que combinadamente desmoronarían el Antiguo Régimen apoyado en la propiedad rural, las jerarquías sociales fundadas en el nacimiento, la comunidad local, la monarquía, la religión. Si no hubo que esperar que se acuñara el término para que los intelectuales comenzaran a multiplicarse, para retomar las palabras de Robert

Darnton, sí hubo que esperar el advenimiento del capitalismo, el industrialismo, el Estado nacional, la propagación de la vida urbana, el individualismo, las masas en la escena política, en fin, el conjunto de fenómenos que suele resumirse con la noción sintética de sociedad moderna. La nueva especie no puede ser pensada con la unidad de un cuerpo. A lo largo de los siglos XIX y XX los intelectuales se han unido y han creado movimientos, sociedades e instituciones comunes, tanto como se han dividido y enfrentado prácticamente en torno de todos los dilemas de la vida cultural y política moderna. El caso Dreyfus es ejemplar también en este sentido, porque hubo intelectuales en las filas de los dreyfusistas y en la de los antidreyfusistas, aunque sólo los primeros hicieran de ella un signo de identidad.

De la sociedad de la religión a la sociedad de la ideología

No se podría concluir esta serie de referencias sobre el surgimiento histórico de los intelectuales sin hacer al menos una mención a esa forma del discurso social moderno que son las ideologías. Junto con las ciencias, el despliegue de las ideologías es la otra manifestación de la secularización del pensamiento y de las creencias. Ellas hacen su aparición en una época en que la explicación del orden político y social a partir de fundamentos extra-mundanos ha hecho crisis en las filas de las élites cultivadas. Es decir, cuando la institución de la sociedad ya no es referida a la ley divina (o lo es cada vez menos) y la reflexión sobre el orden político busca para éste fundamentos en la naturaleza humana "tal cual es". La afirmación de una causalidad puramente inmanente

para los hechos humanos –una causalidad cuyas leyes no pueden ser extraídas de ningún orden superior– está también en los comienzos de las ciencias sociales. La prueba más clara de esta mutación de orden simbólico la darían después de 1789 los representantes del pensamiento católico contrarrevolucionario en Francia, que se verán conducidos a emplear un lenguaje secular para defender el ideal de la sociedad cristiana.

Las ideologías responderán a la demanda de sentido en una sociedad que se sabe histórica y que abandona poco a poco la referencia a la religión para explicar la organización social y el gobierno de los hombres. Toda ideología, como escribe Marcel Gauchet (2004: 93), conjugará "de manera más o menos armoniosa y coherente elementos de teoría social, preferencias políticas y convicciones en cuanto al futuro. Hará cohabitar la pretensión científica, el realismo político y la ambición profética". La orientación hacia el futuro es característica del discurso ideológico, que interpreta el pasado a la luz de lo que descifra como porvenir. Se trata de un "porvenir que nadie sabe cómo será y que sólo podemos aprehender en la forma de la conjetura, la especulación o la convicción, en una palabra, por el salto de la creencia". Este lazo con la creencia explica el funcionamiento de las ideologías como discursos militantes.

En torno de ellas se organizaron fuerzas colectivas –partidos políticos y movimientos cívicos de diferente orden–. Ahora bien, a la hora de examinar los focos de producción y de transmisión del discurso ideológico, se trate del liberalismo, del socialismo, del nacionalismo o de cualquiera de las orientaciones que haya tomado ese discurso en la sociedad moderna, el análisis vuelve

a llevar al trabajo de los intelectuales. No hay que pensar únicamente en los grandes creadores de doctrinas, sino también en un conjunto más amplio de profesiones intelectuales y de operadores del mensaje ideológico, desde los profesores a los periodistas.